

La ilusión de Rushill

Tony Astonish

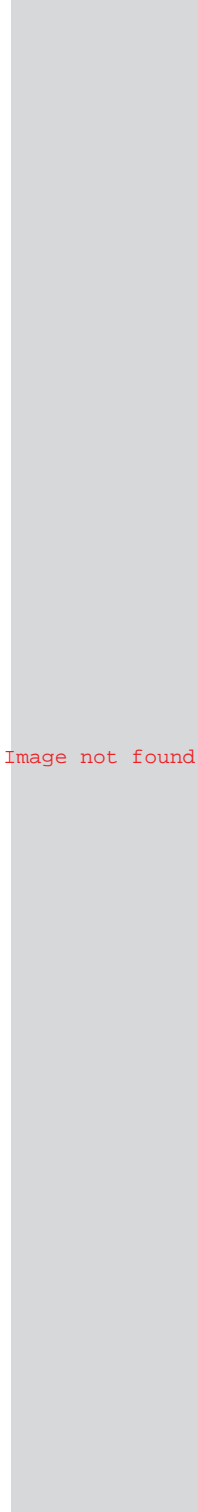


Image not found.

Capítulo 1

Siempre he creído que para escalar la inmensa cuesta de nuestras vidas encontramos a nuestro alrededor personas que te ayudan de dos formas. Lo más habitual es que aparezca alguien que mientras sube, nos deja avanzar por su cuerda para llegar al final; otras menos habituales, nos tienden una cuerda y desde lo alto nos animan a que lleguemos arriba. Seguramente a tu alrededor tengas alguno de esos tipos de personas pero, ¿qué ocurre cuando eres tú la que va prestando su cuerda? ¿Qué pasa cuando te das cuenta de que utilizan tu propia cuerda porque lo único que querían era llegar primeros para su propio beneficio?

Pues seguramente terminas por utilizar únicamente la tuya... es posible que te vuelvas cada vez más recelosa, desconfiando de las cuerdas que te lanzan y evitando fiarte de la gente por temor a que te hagan daño otra vez... te vuelves mucho más selectiva con el círculo que te rodea y no encuentras a la persona idónea que te pueda ayudar...

Aunque raramente sucede lo contrario, a veces, pocas veces, en muy pocas ocasiones, la vida te sorprende y encuentras a esa persona... la encuentras en el momento y en el lugar menos pensado y vuelves a intentar confiar sólo que esta vez mirando de reojo... Y así fue como le conocí, aquella tarde cualquiera y en el lugar más insospechado... Siempre recordaré todos los detalles de cómo sucedió...

Hacía un par de meses que mi librería no iba todo lo bien que me hubiese gustado. Los números empezaban a tomar un color rojizo y yo parecía no aprender la lección. Prestaba libros a la gente para que leyeran sus primeras páginas con la esperanza de que a la semana lo hubiesen comprado y ocurría que me lo devolvían diciendo el típico: "me esperaba otra cosa"... A mi alrededor, se encargaban de recordarme una y otra vez que todo había sido una locura y que tenía que cerrar la tienda cuanto antes... Pero yo seguía con la esperanza y la fuerza de seguir adelante, tanto por mí como por el apoyo que me daba mi pobre abuelo en las cartas que me escribía...

Aquella tarde sofocante de verano necesitaba distraerme más que nunca. Tan sólo había vendido un par de libros en todo el día y pronto llegaría agosto... y con él la soledad de las vacaciones. Así que decidí cerrar temprano la librería, quedar con mis dos hermanas para ir de compras y después tomar algo fresquito.

Desde hacía unos meses me había llamado la atención un local de estilo asiático, "Té con Tharé", que prometía la variedad más extensa de té en todo Madrid. Varias veces, al salir de la librería, había pasado por delante del local y siempre me había llamado la atención la decoración del escaparate que mostraba varios pergaminos enrollados por lazos de

diferentes colores y dibujos. Todos juntos formaban una perfecta pirámide y a su lado colgaban pequeñas alfombras con diseños diferentes.

Convencer a Pepi de entrar en aquél local iba a ser más difícil, así que después de salir de la enésima tienda de ropa, agotada por el calor y por el cansancio de ir de un lado para otro, le señalé el escaparate a Esther como si no lo hubiese visto nunca y enseguida se quedó fascinada por la decoración.

Mientras mis hermanas valoraban las ventajas e inconvenientes de entrar en el local, una señal en forma de melodía vino del interior. El sonido tenue de la canción me confundió pero estaba segura de que la conocía. Presté atención a la música pensando que no podía provenir de aquel sitio puesto que los acordes no eran de tipo asiático. Cuando por fin reconocí que se trataba de la canción "My way", de Frank Sinatra, comencé a tararearla en bajo y asocié aquella canción con el recuerdo de uno de los viajes más hermosos que recuerdo haber hecho hasta ahora. Creo que fue el momento en el que más unión he sentido entre las tres.

Al poco de estar sonando miré a Esther y a Pepi, que seguían discutiendo, y las sonreí haciéndoles gestos de que escucharan aquello... ellas me devolvieron la sonrisa cuando se dieron cuenta de qué se trataba y las tres dijimos a la vez: ¡Empire State! Aproveché entonces ese feliz momento para sugerirlas que entráramos allí para descansar un rato y tomar alguno de los té que, con letras grandes escritas en tiza, pregonaba la pizarra que había en la entrada del local.

Tal y como me temía, Pepi se sentó en la terraza a regañadientes pues no paraba de comentar que le extrañaba que estuviese vacío, que era un local demasiado oscuro, que la terracita estaba demasiado apartada y que por allí pasaba poca gente. Finalmente, entre Esther y yo la convencimos para sentarnos en una mesa vacía que había justamente entre otras dos mesas ocupadas por sendas parejas. Al instante, caminó lentamente hacia nuestra mesa el camarero, un hombre mayor con la piel muy morena y el pelo canoso que arrastraba sus pies descalzos. A pesar de parecer muy cansado no perdió la sonrisa en ningún momento y tampoco necesitó ninguna libreta para apuntar las tres bebidas que le pedimos.

Aunque no tardó mucho en servirnos y a pesar de que estábamos bajo la sombra del toldo del local, el calor abrasador hacía que las agujas del reloj apenas avanzaran. Cuando se acercó el camarero a servirnos lo que habíamos pedido, me abalancé para tomar un buen trago y refrescarme... por fin probaría ese té de menta que tan buena publicidad tenía por varias partes del local.

- No te fíes de eso... te va a sentar mal –me dijo Pepi cuando iba a dar mi

primer sorbo.

- ¿Y por qué no va a hacerlo? –le preguntó Esther sorprendida.

- ¡A saber el agua que utilizan en estos sitios...! –contestó Pepi con cara de asco.

El té estaba muy fresquito y fue como encontrar un pozo de agua en medio de aquel desierto urbano. Un poco dulzón para mi gusto. El de Esther también era un té pero rojo, que estaba bastante frío. Pepi, sin embargo, prefirió asegurarse pidiendo un refresco.

- ¿Habéis visto a ése? –preguntó Pepi señalando con la cabeza a mi espalda.

Me volví y vi a un hombre con la piel muy morena y el cabello liso oscuro cubierto por un turbante blanco. Vestía un chaleco granate, abrochado en su totalidad por unos botones dorados, y unos pantalones de lino color beige. En un hueco vacío que existía en el centro de las mesas, montó una plataforma rectangular de madera con pinchos cubriéndola por encima con una alfombra descolorida en la que aún podía distinguirse una especie de oasis con sus palmeras, sus camellos y unas jóvenes recogiendo agua de un manantial. Cuando terminó de montarlo todo, el hombre se colocó frente a las únicas tres mesas ocupadas del local, cerró los ojos y respiró profundamente antes de comenzar a tumbarse sobre la alfombra, despacio pero decidido. No parecía que se sintiera incómodo ante ese curioso colchón que había preparado.

- ¡Ay qué daño... cómo tiene que doler! – exclamó Esther antes de llevarse el puño a la boca.

- ¡Menuda mierda de truco! –replicó Pepi mientras seguía fumando su cigarrillo- Leí hace tiempo en un libro que se trata simplemente de física... concentración, ni confianza, ni chorradas de esas...! un simple truco aprovechando las leyes de la física.

Quizás Pepi tuviera razón, pero me costaba creer que no tuviese ningún dolor ni molestia. Yo miraba detenidamente la tabla, los pinchos, la alfombra, su cuerpo... agachaba la cabeza para ver si tenía algún mecanismo oculto pero no descubrí nada. Si se trataba de un truco lo había escondido muy bien.

Cuando extendió las manos buscando la aprobación del público, recibió aplausos de los pocos asistentes que estábamos allí sentados y se levantó de la plataforma mirando detenidamente cada una de las tres mesas ocupadas. De un saco de color negro, comenzó a extraer una soga gruesa que empezó a extender hacia arriba. Era sorprendente ver como la soga permanecía en posición vertical suspendida en el aire y perpendicular al

suelo del local.

- ¿Y de eso qué me dices Pepi? ¿otro truco de la física? –preguntó con ironía Esther.

- ¡Otra chorrada, seguro! –contestó Pepi sin prestar demasiado interés.

Cuando terminó con la sogá, apartó el saco, fijó su mirada en nuestra mesa y, mientras sonreía, hizo un ademán para que nos acercáramos a él.

- Creo que te está llamando a ti –le dije a Pepi golpeándola con el codo en su brazo.

- ¡Paso de ir... seguro que quiere ligar...! ¡Ve tú Esther! –respondió ella sin moverse de la silla y apurando el cigarrillo.

- Prefiero admirar lo que hace desde aquí, hermanita –sonrió Esther y añadió mirándome- Además, creo que está señalando a Valentina.

El hombre, sin perder la sonrisa, volvió a hacernos el gesto para que nos acercáramos. Esther me miraba animándome a que me acercara gesticulando con la cabeza. Una especie de fuerza interna tiraba de mí para dirigirme allí. No sabría decir por qué, pero era una mezcla de curiosidad y también de querer vivir una pequeña aventura. Lo que definitivamente me decidió a dirigirme hacia él fue la rebeldía por lo que me dijo Pepi mientras me apretaba el brazo: “¡No hagas caso, anda... Estás loca... te vas a hacer daño!”

Cuando llegué al lado de aquél extraño, me sentí observada por mis hermanas y por las dos parejas que se encontraban en las mesas de alrededor pero no me importaba porque por unos instantes iba a ser ayudante del protagonista.

- Gracias señorita... ahora subiremos por cuerda –me dijo con su particular acento el hombre al acercarme, mientras me señalaba la cuerda que continuaba perpendicular al suelo.

- No puedo hacer eso –le repliqué algo nerviosa mientras miraba la sogá que se extendía desde el suelo unos dos metros hacia arriba.

- Confía en Rushill, señorita –contestó serenamente mientras me guiñaba el ojo derecho y me señalaba discretamente con el dedo una especie de escalón que había oculto detrás de la sogá- ¡Ahora señores y señoras... Rushill subiendo por cuerda!

Cogió la alfombra doblándola y me la entregó. Desde mi posición podía ver la expresión de mis hermanas: Pepi intrigada pero sin perder su

compostura; Esther fascinada con su cuerpo arqueado hacia adelante, para no perder detalle, apoyando su cabeza sobre su muñeca derecha.

El tal Rushill, mirándome con sus intensos ojos negros, comenzó a subir agarrando la soga con ambas manos. Todo era un truco, por supuesto, y mientras veía discretamente como apoyaba sus pies en los escalones, primero uno y después el otro, yo intentaba evitar reírme. Él, por su parte, hacía gestos para simular el esfuerzo que le suponía subir hasta arriba. Entre tanto, miraba las caras asombradas de mis hermanas y de las otras dos parejas que seguramente se estarían preguntando cómo era posible todo aquello.

Cuando el hombre llegó a lo más alto sin que le quedara más cuerda donde posar sus manos, me pidió que le entregara la alfombra haciendo un gesto con su mano derecha mientras con la izquierda continuaba agarrado a la cuerda. Simplemente poniéndome de puntillas pude alcanzarle la alfombra y con un movimiento muy ágil y rápido, la extendió dejándola totalmente en horizontal. Aunque desde abajo no se veía bien cómo podía hacerlo, estaba segura de que era otra argucia para sorprender al público. En ese momento, Rushill terminó de colocarse encima de la cuerda y comenzó a tantear la alfombra sin que ésta cediera lo más mínimo, reforzando así mi idea de que se encontraba sujeta por algún tipo de estructura sólida. Después se puso de rodillas encima de la alfombra, fingiendo que guardaba equilibrio sobre ella, y se volvió al público solicitando de nuevo el aplauso. Desde lo alto de la alfombra se dirigió a mí:

- ¡Ahora tú señorita... sube! –mi cara de incredulidad debió de mostrar fielmente mi sorpresa porque extendiendo su brazo añadió- ¡Confía en Rushill, señorita...!

Sujeté la soga con mis dos manos apoyando mi pie derecho sobre el primer peldaño del escalón oculto para el público. Me di cuenta que si no realizaba ningún tipo de esfuerzo todo el truco se iría al traste, así que interpreté el papel que me había preparado Rushill y comencé el ascenso. Como, a pesar de los escalones, el ascenso no era fácil creo que la interpretación quedó bien. La última parte fue la más difícil porque tenía que subirme a la alfombra y no veía dónde sujetarme. Estuve a punto de volver a bajar. Miré hacia la mesa donde se encontraban mis hermanas: Pepi me hacía aspavientos para que bajara de allí y Esther no dejaba de apretar sus dos puños temerosa por lo que pudiera ocurrirme.

- ¡Confía en Rushill, señorita... no dejaré que caigas! –dijo desde arriba acercando sus manos hacia las mías y sin dejar de sonreír serenamente.

No sé si fue, una vez más, un acto de rebeldía contra mis miedos... no sabía cómo acabaría aquello pero la serenidad de la mirada y de las palabras de Rushill hicieron que confiase llegando por fin a la alfombra,

mientras me apoyaba con fuerza en sus cálidas manos. Enseguida me percaté que la alfombra estaba totalmente estable y que podía ponerme incluso de pie. Los dos, encima de la alfombra, recibimos el aplauso de mis hermanas y de las otras dos parejas. Me pareció ver que Esther incluso estaba llorando y después me confesó que le había emocionado ver que lo había conseguido.

- ¡Gracias señorita por confiar en mí...! –me comentó Rushill alegre- Como regalo tienes tres deseos.

- Si eres un genio no veo la lámpara... –le respondí irónica mientras él seguía sonriendo y asintiendo con la cabeza sin comprender mi burla- Quiero una botella de agua... porque entre el calor y los nervios estoy a punto de...

Sin terminar la frase, ante mis ojos apareció una botella de agua mineral. No me di cuenta de donde la había sacado pues apenas había apartado la mirada. Bebí un largo sorbo, muy largo, del agua fresca que contenía la botella y eso me calmó. Cuando le fui a devolver la botella, me dijo negando con la cabeza y ambas manos: "¡Es tuya, señorita!... ¿Algo más?..."

La serenidad de su cara y su sonrisa cambiaron a una expresión de sorpresa agrandando sus ojos negros cuando le contesté convencida: "Llévame a la India..."

Noté que aquél nuevo desafío le había pillado totalmente de improviso. Durante varios segundos no cambió su expresión de asombro hasta que, de repente, empezó a mirar a su alrededor como si hubiese perdido algo. Comenzó a rascarse la oreja derecha y, en un momento, la expresión de su cara cambió mostrando que había encontrado la solución a lo que rondaba su cabeza. El turbante se convirtió en un pequeño mantel de color blanco similar a los que utilizaban en el local para adornar las mesas. Lo colocó encima de la alfombra y me invitó a sentarme sobre él. Fue entonces cuando me dejé arrastrar por la intriga y me senté lo más cómodamente que me permitía. Él se sentó a mi lado sin importarle estar fuera del mantel. Me preguntaba qué nuevo truco preparaba.

- Favor señorita, cierra los ojos –me pidió mientras hacía un gesto con ambas manos tapándose los suyos.

No sabía muy bien de qué iba aquella nueva broma pero le hice caso. Cuánto antes acabase antes podría marcharme, pensé. Tenía ganas de que mis hermanas me dijeran cómo lo habían visto desde su sitio y de bromear con ellas haciéndome la interesante. Pero también estaba impaciente por conocer de qué trataba todo aquello.

A los pocos instantes de haber cerrado mis ojos, sentí una ligera brisa por mis piernas y una pequeña sensación de que la alfombra se estaba moviendo. Me pareció extraño que de pronto se moviese habiendo estado tan fija todo ese tiempo.

- ¡Confía en Rushill, señorita... no abras los ojos! –me dijo enseguida con su tono sereno como si hubiese leído lo que pensaba en aquél momento.

La brisa poco a poco se fue haciendo más fuerte. El calor que había sentido fue cesando despacio. Intentaba escuchar algún sonido del local que me diera pistas sobre lo que estaba sucediendo pero me percaté que hacía tiempo que no se escuchaba ningún alboroto ni de los alrededores ni del propio local. Me sentía tranquila, serena, notaba la presencia de Rushill por sus pequeños movimientos pero estaba algo inquieta ante tanto silencio y seguía impaciente por saber de dónde provenía aquella brisa. Empecé a sentir un poco de frío y me pareció que mi cuerpo se inclinaba ligeramente hacia la izquierda primero y a la derecha después. Esa sensación extraña me llevó a abrir un ojo y, cuando lo hice, no podía creer lo que estaba sucediendo: todo a mi alrededor eran nubes y un cielo de un azul intenso; a mi lado se encontraba sentado Rushill que agarraba fuertemente la alfombra con sus dos manos y la hacía girar moviendo su cuerpo hacia un lado o hacia el otro, según conviniese, para evitar introducirse en medio de las nubes. Instintivamente me agarré con fuerza a su brazo y volví a cerrar los ojos, esta vez con más fuerza aún. Escuché de nuevo la voz calmada de Rushill diciéndome: "No tengas miedo, señorita".

Entre un balanceo y otro, sentí como si estuviéramos bajando. Era una sensación muy suave pero podía darme cuenta de ello... la alfombra estaba perdiendo altura. Enseguida Rushill me serenó como si, de nuevo, supiera lo que estaba pensando en ese momento: "Estamos llegando, señorita".

Finalmente, sentí un movimiento de la alfombra afianzándose contra una superficie dura. Supe que habíamos llegado pero mis manos aún sujetaban con fuerza el brazo de Rushill.

- Puedes abrir ojos, señorita... –me decía con serenidad mientras sus grandes manos acariciaban las mías para que pudiera soltar su brazo... y así lo hice...

Sobre un fondo de un anaranjado intenso, producido por efecto del sol, se erguía ante mí un imponente edificio de color blanco en el que se percibían relieves. El edificio tenía una gran cúpula y otras dos más pequeñas pegadas a ambos lados. Además de la entrada principal que presentaba un enorme arco, desde mi posición pude percibir otros ocho custodiando los laterales. Cuatro torres también blancas colindaban el recinto y justo enfrente, como saliendo de su puerta principal, se

encontraba un estanque bordeado con una inmensa extensión de color verde y una colección perfectamente alineada de árboles.

Sabía dónde estábamos pero no podía creerlo... Mi gran sueño parecía convertirse en realidad... Tanto tiempo esperando este momento y allí estaba yo: frente al Taj-Mahal...

Noté como de mis ojos se desprendía un par de lágrimas, estaba emocionada y mis piernas y mis brazos empezaron a temblar un poco. A mi lado, Rushill rozó mis brazos suavemente y logró tranquilizarme.

Recorrí unos metros sin creer lo que estaba viviendo... ¡No podía ser... pero no me puse a pensar en ello! Tan sólo quería disfrutar de aquel bello paisaje... veía los jardines coloreados en diferentes tonalidades de verde, las aguas del estanque brillaban reflejando los tonos anaranjados de la puesta de sol y yo en medio de todo aquella majestuosidad... Después de un rato paseando por allí, me di cuenta de que no había nadie a mi alrededor, sólo se podía escuchar el sonido del agua fluyendo por aquel arroyo... y yo en medio de aquel sueño...

- ¿Esto es real? –pregunté a Rushill con los ojos aún llorosos.

- Tan real como existencia de sol, señorita... –me contestó sin perder la sonrisa.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos recorriendo aquel jardín y todo el recinto... hacía mucho rato que me había centrado en el paraje y no me importaba nada más... recuerdo que mirara donde mirara sólo veía belleza, grandeza, calma y tranquilidad... Respiré hondo, muy hondo, para atrapar todo aquello en el fondo de mi alma... para recibir todos los aromas posibles y no perderlos nunca...

El tiempo parecía haberse detenido allí. No tuve ninguna prisa en recorrer todo el recinto en compañía de Rushill que, muy respetuoso, en ningún momento me interrumpió. Por esos instantes me había olvidado de todo y sólo me centré en disfrutar del paraje.

Dimos la vuelta a todo el majestuoso edificio y topamos de nuevo con la alfombra. Esta vez no hizo falta que Rushill me dijera nada. Aunque no quería marcharme de allí, sabía que debíamos de volver. Así que me senté de nuevo junto a Rushill y cerré los ojos, no sin antes agarrar con suavidad su brazo en señal de agradecimiento. Sentí otra vez el movimiento ligero y tambaleante de la alfombra, sólo que de regreso viajaría sin ningún miedo.

Mientras viajábamos de vuelta a casa, me acerqué al oído de Rushill:

- ¿Puedo pedirte ya mi último deseo?

- ¡Claro señorita, pide lo que quieras...! pero recuerda: es el último... piénsalo bien –contestó Rushill que seguía concentrado dirigiendo la alfombra.

- Lo tengo bien pensado –le dije sonriendo y acercándome a su oído le pedí mi último deseo...

Volví con mucha fuerza de aquella experiencia. Cuando regresamos, el local estaba vacío. Mis hermanas me habían llamado al móvil varias veces durante la hora que había transcurrido desde que desaparecí... ¿Cómo podía ser que en tan sólo una hora ocurriese todo aquello?... Me dijeron que después del truco de subir por la cuerda, me perdieron de vista y hasta que no las llamé, una hora después, no sabían dónde me encontraba. No les expliqué lo ocurrido porque creo que tampoco lo hubiesen entendido... incluso a mí, a día de hoy, me cuesta saberlo! Simplemente les mentí diciéndoles que Rushill me estuvo explicando cómo realizaba el truco de la cuerda y de la alfombra.

Han pasado ya cinco años de todo aquello... La alegría de aquél extraño viaje me dio la fuerza suficiente para no cesar ni luchar por mis sueños. Seguí adelante con la librería y poco a poco fue evolucionando encontrándome a gente interesante por el camino...

Aún sigo visitando el local de té, sobre todo en las tardes en las que necesito estar sola y disfrutar de momentos de serenidad. Rushill sigue actuando allí algunas semanas, a menudo tomamos juntos un té y nos contamos muchas cosas. Aunque el pobre no entiende mucho nuestro idioma, he conseguido que se anime a pasarse por la librería para ayudarlo a entenderlo. Durante estos cinco años he compartido con él los momentos más tristes de mi vida pero también mis mayores alegrías. Es difícil explicarlo pero cuando hablamos me reconforta y me llena de calma, incluso en los momentos en los que estoy más enojada... ¡quizás sea esa sonrisa que nunca se le borra de su cara...!

También me ha contado muchos de sus trucos, de sus secretos, anécdotas de su profesión y momentos de su vida, algunos muy duros... En todo este tiempo, nunca me he atrevido a preguntar a Rushill cómo me transportó hasta allí. Creo que él tampoco me lo dirá jamás porque como siempre dice: "No quiero que pierdas la ilusión". Y francamente tampoco quiero que me lo diga...

Nunca olvidaré aquél día no sólo por el maravilloso viaje que emprendí sino por lo que aprendí... entendí que él pertenece a otro tipo de personas que hasta aquella tarde no había encontrado... el tipo de persona que rara vez encuentras... ese tipo de persona que no sólo te tiende la cuerda sino que, además, te anima mientras estás subiendo, te dice en qué te estás

equivocando, te facilita el ascenso anudándola varias veces para que puedas sujetarte bien y te coge de la mano en los momentos más difíciles para que puedas llegar hasta el final...

Y así ha sido durante estos cinco años... después de todo este tiempo creo que puedo confirmar que Rushill también me concedió el tercer deseo que yo le pedí aquella tarde: "No desaparezcas de mi vida..."